



SÉPTIMA SEMANA DE PASCUA

16 al 22 de mayo de 2021

El Evangelio comentado cada día
con una aproximación al carisma de la Hospitalidad
Danilo Luis Farneda Calgaro

DOMINGO 16 de mayo (Marcos 16, 15-20)

SOLEMNIDAD ASCENSIÓN DEL SEÑOR

“Pondrán sus manos sobre los enfermos y los curarán.”

El evangelio de Marcos termina recordando el envío que Jesús hace a sus discípulos antes de ascender a los cielos. A los que crean y sean bautizados le acompañarán signos que denuncian la presencia del Reino. El último de los signos es la curación de los enfermos por medio de la imposición de sus manos.

Un signo que nos coloca en sintonía con la sensibilidad evangélica del carisma Hospitalario. Existe sobrada literatura que recupera y pone en valor la función sanadora de la cercanía y de los gestos de afecto con la persona que sufre.

Quizá necesitamos recuperar y potenciar el lenguaje de la caricia serena y respetuosa. Lenguaje que debe ser reinventado ante las limitaciones de la pandemia, pero que nos habla de implicación en el dolor del otro, nos convoca a asumir sus limitaciones, a reafirmarnos en la certeza de la presencia amorosa de Dios en tantas biografías quebradas como las que acompañamos a diario.

LUNES 17 de mayo (Juan 16, 29-33)

“¿Así que ahora creéis?”

Los discípulos creyeron haber entendido al Señor, pero no eran conscientes de todo lo que les sobrevendría: la traumática experiencia de la pasión de su maestro les llevaría a dispersarse.

Será en torno a María que ellos encontrarán una respuesta a sus temores. Simplemente estando juntos, reunidos, esperando una luz que les sacara de la confusión y de la angustia.

Esperar con María, permanecer unidos. ¡Toda una invitación para vivir nuestro discipulado en paz, a pesar de las contradicciones que nunca faltan!

Nos encontramos en pleno Mes de Nuestra Madre. Pongámonos en sus manos, acudamos con filial y sencilla confianza a su protección. En ella, con ella, siempre encontraremos al Hijo.

MARTES 18 de mayo (Juan 17, 1-11a)

El Padre está conmigo (...) Unidos a mí, encontraréis paz.

El Señor nos invita a dialogar la vida con el Padre. Dialogar desde lo cotidiano, leer con el Padre nuestra biografía en clave evangélica, abriéndonos a todo lo que ocurre a nuestro alrededor. En especial, a lo que sucede en aquellos con quienes nos relacionamos día a día.

Hacer de la oración un discurrir sereno sobre la propia vida y la de los demás para, finalmente, abandonarnos y abandonarlos en el Padre. Abandono que reclama un camino de silencio para acogerla presencia de Dios en todo y en todos. El silencio es esencial en todo diálogo. Y en el diálogo con Dios, también.

Convertir la oración una tertulia amigable y serena, más que la secuenciación de textos prefabricados o ritos más o menos impactantes... Una oración que parte de la vida y nos lleve a la vida. Así nos lo recuerda el Papa Francisco: *"La oración es preciosa si alimenta una entrega cotidiana de amor. Nuestro culto agrada a Dios cuando allí llevamos los intentos de vivir con generosidad y cuando dejamos que el don de Dios que recibimos en él se manifieste en la entrega a los hermanos."* (GE, 104)

MIÉRCOLES 19 de mayo (Juan 17, 1b-19)

"Santificalos en la verdad: tu Palabra es verdad."

La oración de Jesús por los suyos antes de volver al Padre tiene una densidad muy particular. En ella concentra sus sentimientos y sus últimas voluntades. *"Cuida a los que me has dado", "que sean uno como nosotros", "guárdalos del Maligno", "santificalos en la verdad, tu Palabra es la verdad".*

En esa apretada síntesis de sentimientos y mensajes la PALABRA ocupa un lugar privilegiado: es desde ella que los suyos continuarán conociendo la verdad y podrán "estar en el mundo" sin "ser del mundo".

La Palabra es LA MEJOR DE LAS HERENCIAS que deja el Señor a sus discípulos y desde ella, los creyentes de todos los tiempos continuamos haciendo viva la presencia de Jesús de Nazaret.

La Palabra como FUENTE DE VERDAD Y DE SANTIDAD. En ella y por ella Jesús prolonga su magisterio.

No hay espiritualidad evangélica posible sin este acercamiento frecuente y en lo posible cotidiano, con la Palabra. Todos los carismas encuentran en ella su raíz y su desarrollo.

JUEVES 20 de mayo (Juan 17, 20-26)

"Que sean uno, como nosotros somos uno."

La Palabra nos presenta un precioso diálogo de Jesús con el Padre. En él manifiesta su compromiso por quienes habían hecho la opción de seguirle y por quienes, en el devenir de la historia, y por mediación de la Palabra, creerían en él.

Jesús recuerda ante el Padre a todos sus seguidores: los de la primera y los de la última hora, entre los que estamos nosotros.

Para todos pide la unidad como prueba irrefutable de que su persona y su mensaje provienen del Padre: *"que sean completamente uno, de modo que el mundo sepa que tú me has enviado"*.

Estamos ante un texto que resulta central para comprender el sentido de la comunidad en la vivencia de la fe. El Dios de los evangelios, revelado en Jesús de Nazaret, no es un Dios al servicio de las necesidades espirituales individuales.

Es un Dios que en su esencia se define en el amor y por tanto es un Dios comunidad que genera comunidad y se revela en la comunidad. La comunidad, que se construye en torno al Amor de Dios, es epifanía imprescindible del Dios de los evangelios.

El discipulado, por tanto, no se construye desde el aislamiento o desde una pretendida fe "personal". La comunidad no es un soporte deseable, como las muletas para el tullido, sino que se constituye en el epicentro desde el cual se hace posible todo el dinamismo de la fe.

VIERNES 21 de mayo (Juan 21, 15-19)

"Tú lo sabes todo."

La respuesta de Pedro se ha convertido en inspiración y referente de toda espiritualidad de seguimiento. No hace falta entrar en detalles, no hace falta remarcar la triste experiencia de la traición. Basta con reafirmar, de corazón, la firme opción por retomar la andadura.

Debemos reconocernos en estas inconsistencias, y como Pedro, repetir con sencillez, *"Señor, tú lo sabes todo."* Sabes de nuestras luchas y dudas, de nuestros múltiples errores, pero también sabes que te amamos, que eres el referente central en la construcción de nuestros proyectos de vida. Y así, abandonarnos en Él.

SÁBADO 22 de mayo (Juan 21, 20-25)

"Tú, sígueme."

Pedro quería saber la suerte que le esperaba a Juan. Le pregunta al Resucitado y recibe una respuesta que se ha convertido en criterio para el discipulado: No te preocupes por saber lo que ocurrirá con éste o aquel... tú sígueme...

A su manera, Jesús reubica a Pedro en lo esencial. No hace falta tenerlo todo controlado, no es preciso conocer el futuro... El seguimiento es una aventura cotidiana, es un lanzarse a vivir en clave evangélica sin prever lo que ello va a implicar, sin cálculos, sin seguros...

El discipulado de María es el paradigma: *He aquí la esclava... hágase...*

No sabemos lo que nos espera mañana. No es necesario. Estamos en las mejores manos, las de Dios. Lo demás... se nos dará por añadidura.